

**“Creencia artística y bienes simbólicos.  
Elementos para una sociología de la cultura”,  
por Pierre Bourdieu**

Aurelia Rivera, Córdoba-Buenos Aires, 2003. Traducción de Alicia Gutiérrez.

Reseña: Gabriel Matharón: “El arte como objeto de explicación social”.

Pierre Bourdieu (1930-2002) ha sido uno de los sociólogos (y etnólogos) más importante e influyente del campo intelectual francés y mundial durante la última mitad del siglo XX. Sus trabajos abordan la investigación del sistema escolar, el sistema cultural y sus relaciones con la reproducción y cambio social. Las reflexiones epistemológicas y metodológicas ocupan un lugar central en cada uno de sus trabajos. Entre los conceptos elaborados, que identifican de manera inequívoca su producción intelectual, podemos nombrar la noción de *campo*, *habitus*, *capital* e *illusio*. Su trayectoria académica encuentra, en 1981, un punto culminante cuando es nombrado profesor titular de la cátedra de sociología en el Collège de Francia.

156 157

La obra que comentamos aquí está constituida por una serie de textos dedicados al estudio de la cultura, principalmente dedicados al arte y la literatura, inéditos en lengua española, seleccionados y ordenados para su abordaje por el propio autor, publicados entre los años 60-80, excepto dos de ellos escritos en los '90. En cada uno de ellos se analiza un aspecto particular de lo que él denomina el campo cultural o mercado de los bienes simbólicos.

Su lectura nos presenta un problema importante. Los textos aquí reunidos, como su “obra”, no se dejan someter fácilmente a las operaciones que implican el comentario bibliográfico. Parafraseando a Roger Chartier, a propósito de Foucault, el comentario bibliográfico supone considerar este conjunto de textos como formando una obra dedicada a la sociología de la cultura; que dicha obra puede ser asignada a un autor, cuyo nombre propio, Bourdieu, remite a un individuo particular, poseedor de una bibliografía singular y que, a partir de ese texto primero, la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu, sea legítimo producir otro texto en forma de comentario. Pero estos tres conceptos, obra-autor-comentario, no forman parte de una práctica cultural que rigen nuestra relación con los textos, cuestionadas por Bourdieu. ¿Cómo leer, entonces, a Bourdieu? Quizás una clave para responder a este desafío está en la forma que él “leía” las obras culturales presentadas en esta compilación.

Los textos aquí seleccionados nos ayudan a “ubicar” a Bourdieu en el campo de estudio de las producciones culturales (filosofía, ciencia, arte, etc.). Este campo está tensionado por dos posiciones presentadas como antagónicas por el mundo científico. Están, por un lado, quienes sostienen que para comprender estas producciones basta con analizar sus productos en sí mismo y por sí mismo. Por ejemplo, es suficiente leer los “textos” (literarios, filosóficos, artísticos, etc.). Podemos llamar internalista o interna a esta postura. Por oposición, hay quienes sostienen

que hay que remitir el producto cultural al contexto, interpretando las obras culturales en relación directa con el mundo social de producción. Por ejemplo, relacionando al autor con su “clase social”. Esta postura puede llamarse externalista o externa. Bourdieu en “El mercado de los bienes simbólicos” afirma que para comprender una obra cultural no basta con un análisis interno de la obra pero tampoco con referirse al análisis externo poniendo en relación directa la obra con el contexto. La noción de *campo*, elaborada por éste, busca articular estas modalidades de análisis de las obras culturales. Entre éstas y su contexto social hay un universo intermedio que denomina campo cultural en el que se incluyen los agentes y las instituciones que producen, reproducen o difunden las obras culturales. Este universo, es un mundo social (espacio social relativamente autónomo) que obedece a “leyes sociales” que le son propias. El campo cultural es un campo relativamente autónomo en la medida que conforma, a la vez que está determinado en su estructura y función, por la posición que ocupa en el interior del campo de poder (subordinación estructural del campo cultural al campo de poder). La importancia del concepto de campo de poder es que nos permite pensar las relaciones que mantienen los productores de bienes culturales con el espacio social de las clases sociales. Así, en la medida que el campo cultural gana en autonomía con relación al campo de poder (coacciones y demandas directas de las fracciones dominantes de la clase dominante) son las características propiamente culturales de los productos culturales las que ganan en fuerza explicativa. Caso contrario, serán las demandas o factores externos las que ganarán en fuerza explicativa. La legitimidad de la noción de campo cultural, nos dice, encuentra en la historia su fundamento. La historia cultural de la sociedad europea permite ver de qué manera el campo cultural se ha constituido en un espacio social particular, en un orden propiamente cultural, dominado por un tipo particular de legitimidad que se definía por oposición al poder económico, al poder político y al poder religioso, es decir, a todas las instancias que pretendían legislar en materia de cultura en nombre de un poder o de una autoridad que no fuera propiamente cultural.

Una vez tomada una posición en el campo de los estudios culturales, Bourdieu se centra en el análisis de la estructura y funcionamiento del campo cultural entendido como “mercado de los bienes simbólicos”, organizado en función de la oposición y complementariedad entre dos campos de producción: el campo de producción restringida y el campo de la gran producción. Mientras que el primero obedece a las normas de producción, circulación y consumo sometidos a los criterios de evaluación producidos por los mismos productores de bienes simbólicos, el segundo produce para el consumo de no productores (“el gran público”) sometiéndose a las leyes del mercado. Como veremos, ésta es una oposición entre dos tipos de economías, es decir, una “economía no comercial” (campo restringido) y una “economía comercial” (campo ampliado).

En “La producción de la creencia. Contribución a una economía de los bienes simbólicos”, por un lado se pregunta por las condiciones de posibilidad de existencia del campo cultural; por otro lado, desarrolla y amplía con más detenimiento la oposición entre los dos tipos de economía mencionados. El desarrollo del campo cultural como sistema de producción de bienes simbólicos se funda en un universo de creencia en las obras culturales, en su valor y en su doble naturaleza: en tanto que bienes simbólicos, producidos y consumidos, según una intención propiamente simbólica (“el arte en tanto que arte”); en tanto que bienes económicos, producidos y consumidos como una mercancía. Esta doble naturaleza de los bienes simbólicos determina las características que poseen los campos de producción exis-

tentes al interior del campo cultural. Así, el campo de producción restringida no constituye un comercio de los bienes culturales y en ellos reina el “desinterés”. Sin embargo, Bourdieu afirma que este desinterés supone un interés, es decir, constituye un interés en el desinterés, que adquiere sentido si lo analizamos en términos de una economía no comercial. Ésta se caracterizaría por la búsqueda, interés, en la *acumulación de capital simbólico*, que asegura beneficios simbólicos a corto plazo, y que puede asegurar, bajo ciertas condiciones, y siempre a plazo, “beneficios” económicos. Por otro lado, el campo de la gran producción constituye el comercio de bienes culturales donde reina el interés económico. Es importante la lógica que domina el campo cultural, ya que aun aquellos que se dedican “abiertamente” al comercio de los bienes simbólicos sólo pueden tener éxito económico si presentan esta empresa como dominada por la *acumulación de capital simbólico*. El capital económico se convierte en tal en tanto que primero es capital simbólico. Desde este planteo el valor de los bienes simbólicos no está determinado por el costo de producción sino por el proceso de producción en el campo cultural, cuya ley o nomos fundamental dice “que una inversión o ganancia es tanto más productiva económicamente cuanto más declarada es su denegación”.

En ambos textos Bourdieu extiende el análisis económico (en sentido amplio), como Weber hace para la religión, hacia ámbitos como la cultura, donde reina el “desinterés” (desinterés como negación del interés económico como de la práctica económica) que habían sido abandonados por la economía, introduciendo el método materialista de análisis. Esto significa que los universos que se caracterizan por un rechazo por lo “comercial” encierran una forma de racionalidad económica (incluso en el sentido restringido) diferente a la racionalidad económica propia del campo económico. Con estos escritos Bourdieu inicia el proceso de construcción de una teoría general de la economía de los campos dentro de la cual comienza a dilucidar que la teoría del campo económico no sería más que un caso particular.

En los textos mencionados se centra en el análisis del campo de producción cultural, en otros, estudia el campo de consumo de los mismos. En el “Consumo cultural”, “El museo y su público” y “El campesino y la fotografía” analiza la relación que se establece entre el consumo, las disposiciones estéticas asociadas y el origen social de los consumidores. La estadística, nos dice Bourdieu, revela que el acceso a las obras culturales, su consumo en tanto tales, es el privilegio de la clase cultivada. A partir de esta “constatación” se pregunta cómo es producida la necesidad del producto y la jerarquía de los mismos. Su respuesta está dada por el lugar central que ocupa el sistema escolar en la producción de los consumidores. De esta forma, el consumo de los bienes aparece como productos de necesidades culturales y de las categorías de percepción artística producidas y distribuidas desigualmente por la educación: las prácticas culturales están relacionadas de manera “genética” con el nivel de instrucción (evaluado según el título escolar o el número de años de estudio) y, en segundo lugar, al origen social.

En “Sociología de la percepción artística” y en “Génesis social de la mirada”, Bourdieu aborda lo que él denomina “la teoría de la percepción artística dominante”, principal obstáculo para la construcción de una ciencia de las obras. Pensar en términos de campo cultural a los productos culturales es romper con la ideología dominante de la percepción. Esta ideología afirma la experiencia primera de la obra de arte como dotada de sentido, y su comunicación como una práctica sentimental o de armonía afectiva. Reproduce de esta forma la ideología profunda y dominante tributaria de una representación carismática tanto de la producción como de la recepción de las obras simbólicas. Se asocia al carisma de la persona del artista (como autor singular) la “fuente” de la creación artística.

Sólo a condición de realizar una historia de las condiciones sociales de posibilidad de la obra artística como dotada de sentido y relacionada con un autor y una obra singular, es decir, una historia de sus condiciones sociales de aparición que es posible realizar la ruptura con la representación dominante de la creación artística. Realizada esta tarea, Bourdieu plantea su teoría de las condiciones sociales de producción de la creación cultural, en su doble acepción: como representación y como práctica. En tanto que representación tiene su origen en el proceso de constitución del campo cultural con el surgimiento de la figura del artista en tanto creador, autor, de la obra de arte, en tanto su creación. Como “práctica creativa” se asocia a la posición que ocupa el artista en la estructura de las relaciones objetivas que conforman el campo y que determinan las tomas de posiciones estéticas o políticas objetivamente ligadas a esas posiciones.

Una vez esbozado cómo “leía” Bourdieu las obras culturales quizás sea interesante aplicar a Bourdieu y a nosotros mismos su teoría. Para ello deberíamos dar cuenta de dos preguntas generales (en principio): ¿qué posición ocupaba (y ocupa) Bourdieu, en tanto que autor, en el campo de producción cultural (intelectual) francés?, ¿qué posición ocupamos nosotros, en tanto que lectores, en el campo de recepción cultural (intelectual) argentino? (ver “La lectura: una práctica cultural”, presente en esta compilación). Responder estas preguntas (como lectores) nos permitiría llevar a cabo una objetivación de los “determinantes inconscientes” que regulan nuestra relación con las obras culturales, cuestionando críticamente la creencia en las obras culturales y el fetichismo de los bienes simbólicos, “liberándonos” de las representaciones y prácticas dominantes, y consecuentemente con ello, participando en las luchas, inseparablemente simbólicas como políticas, al interior del campo cultural (ver “Sobre el relativismo cultural” y “Resistencia” también en esta obra).

A modo de reflexión final, creo que esta obra es un valioso aporte para los estudios de la cultura ya que rompe con concepciones “naturalizadas”, que al ser tan familiares, nos impiden su cuestionamiento. También contribuye al conocimiento de la obra general de este autor. Algunos textos presentados aquí como, por ejemplo, “El museo y su público”, “El mercado de los bienes simbólicos” y “La producción de la creencia. Contribución a una economía de los bienes simbólicos” dieron lugar a un programa de investigación cuyos resultados podemos encontrar en dos obras centrales de su producción intelectual: “Las reglas de arte. Génesis y estructura del campo literario” y la “Distinción. Criterios y bases sociales del gusto”.